

# La caída más larga

Patricia A. Jackson

El Destructor Estelar imperial *Interrogador* mantuvo su posición de apoyo, combinando coordinados planeos y estallidos de aceleración con las especificaciones de su computadora de navegación. Desde la cubierta de observación, algunos niveles por debajo del puente de vuelo, el oficial al mando miró fijamente a través de la plataforma de transpariacero mientras el Destructor Estelar imperial clase II maniobraba en la boca de una nebulosa vacía y negra. Deslizándose en la sombra siniestra del espacio ordinario, el *Interrogador* era una visión grandiosa, una punta de daga precisamente afilada contra el fondo sin estrellas del espacio.

Un vehículo de avanzada, su nave se estaba adentrando para investigar un área poco explorada del espacio conocida como el Nharqis'I. El término, a pesar de su evocación romántica, era una variación cruda de una palabra de un persistente dialecto contrabandista, y según tenía entendido significaba "el lugar de muerte." Sin estrellas, sin rasgos característicos, amenazante, la perturbadora nebulosa era testimonio de la aparentemente interminable continuidad.

Mordiéndose nerviosamente su labio inferior, el joven capitán miró fijamente en el vacío sin rostro, deseando poder perderse dentro de él. El Nharqis'I no podía ser más frío o prohibido que la oscuridad anónima de la sala de espera de Lord Tremayne. Y el Nharqis, un leviatán horroroso y mítico que se decía se ocultaba dentro de la nebulosa, indudablemente no podía ser una entidad más aterradora que el mismísimo Alto Inquisidor del Emperador.

En el interior escasamente amoblado y cruelmente antiséptico de la cámara de espera, el joven capitán notó solo una silla contra la pared lejana. Se preguntó cuántos oficiales imperiales se habían sentado en esa silla y cuántos habían vivido para contarlos. Los números eran muy desproporcionados entre sí, estaba seguro, y se felicitó por su decisión no de sentarse en ella.

Aunque no era un hombre supersticioso, el capitán confiaba en que aumentaría sus oportunidades de sobrevivir si Tremayne venía y lo encontraba esperándolo de pie. De hecho, había estado de pie, respetuosamente en atención, las últimas tres horas, esperando que el Adepto Oscuro se dirigiera a él personalmente.

Y si su diligencia no tenía ninguna consecuencia sobre el resultado de su reunión, por lo menos tendría la satisfacción de enfrentar al Alto Inquisidor Tremayne y su propia potencial ejecución con una pequeña medida de dignidad.

*Los otros murieron de pie*, le dijo su subconsciente. El almirante Ozzel. El almirante Ranes. El capitán Needa. Su estimado consejero y amigo, el capitán Nolaan. Y había otros que no acudían a su mente directamente. *¿Qué te hace tan diferente?*

La incapacidad de responder a esa pregunta trajo un presentimiento vacío y perturbador en el fondo de su estómago. Sujetando sus manos con fuerza a sus espaldas, el joven capitán se balanceó de un lado a otro sobre sus tacones, un hábito impaciente aprendido en el puente y exacerbado por la

tensión diaria de comandar una nave en la flota de guerra más prestigiosa del Emperador. Era una rara fijación de movimiento que estaba tratando de eliminar y que había regulado con cierto éxito. En todo caso, el balancearse no lo preocupaba tanto como los violentos temblores que agitaban sus manos.

El capitán pasó sus dedos por el frente de su uniforme y enderezó la insignia, regañándose a sí mismo por permitir aflorar una manifestación física de sus preocupaciones. Antes de dejar este mundo, lo último que quería era dar la impresión de la ilusión vacía del miedo.

Miedo. Ésa no era manera de operar una nave o motivar a sus tripulantes y respaldar a personal. El miedo causaba errores y tensión entre la tripulación, lo que provocaba más errores y decisiones erróneas. En última instancia, el resultado final de tal tensión era el fracaso y más miedo. Respeto era lo que le habían enseñado en la Academia, respeto y obediencia a la autoridad.

La disciplina es el acatamiento inmediato a todas órdenes, inalterable respeto por la autoridad, y está por encima de toda independencia.

El joven capitán sonrió cuando la definición memorizada vino a su mente, un eco recurrente de sus días en la Academia. Recordó el miedo de esos primeros días del entrenamiento, cuando todo había parecido más allá de su alcance. Recordó su torpeza inicial con las órdenes y los oficiales superiores, la ambigüedad de la duda, y el gradual derrumbe y restablecimiento de su orgullo. Efectivamente había cierta arrogancia en el dominio de la disciplina, el dominio de la identidad. Había una satisfacción incalculable en obedecer órdenes, respetar el alto mando, y en ser reconocido por la habilidad de pensar claramente en una crisis. Estas cosas combinadas provocaban respeto, no miedo. El Alto Inquisidor Tremayne sabía poco del primero y empleaba una mano demasiado dura con el último.

El capitán asintió con completa confianza. No lamentaba nada de lo que había hecho en el transcurso de su servicio militar para derribar, o al menos diluir, el miedo que inspiraba el Alto Inquisidor Tremayne. Su registro de servicio y los del personal a bordo del *Interrogador* no tenían tacha, sosteniendo, al menos en su mente, que el respeto era una motivación superior al miedo.

Recibir las órdenes de Tremayne con una delgada sonrisa y una consumada inclinación de cabeza lo había hecho uno de los oficiales más distinguidos en la flota. Ningún otro sería tan audaz como para siquiera enfrentar el rostro amenazador del Jedi, con sus reemplazos cibernéticos igualmente siniestros. Y mientras los esfuerzos del capitán eran recibidos con frío desdén y neutralidad, él perseveraba, esperando influir en el siervo infame del Emperador con una medida pequeña de su lealtad y voluntad de servicio.

—¿Qué importa? —susurró, sobresaltado por el sonido de su propia voz. El capitán hizo una pausa, inclinando su cabeza a un lado mientras el eco resonaba en las paredes angostas de la cámara de espera. Regañándose por el impulso, frunció sus labios mientras ese sentimiento vacío se instalaba más profundo en el fondo de su estómago, donde la raíz de todos sus miedos suprimidos había yacido latente, hasta este día innoble.

Efectivamente, ¿qué importaba? Su relación con el difunto capitán Nolaan era una mancha no escrita sobre su reputación, una que lo condenaría inevitablemente. Y su destino no sería diferente de los otros que habían sido los consejeros de confianza y compañeros formales de Nolaan. El Alto Inquisidor Tremayne había hecho esa diferencia muy clara, empezando con la

ejecución sumaria de Nolaan en el puente del *Interrogador*. Y en el período subsiguiente, nadie que hubiera llamado amigo o consejero a Nolaan estaba vivo para llorarlo, excepto él. Y eso iba a cambiar pronto.

Vharing tragó convulsivamente, recordando la ira de Tremayne. Se estremeció ante el recuerdo del rostro gris y afligido del Capitán Nolaan cuando los soldados arrastraron su cuerpo del puente y en el corredor para disposición inmediata. Si la justicia de Tremayne era tan predecible como el vacío negro del Nharqis'I, él seguía en la línea.

Enderezó el cuello de su uniforme y ajustó su gorra. Un himno patriótico aprendido durante su período de ejercicio en la Academia Naval imperial vino a su mente y el joven capitán sintió una repentina oleada de optimismo al recordar sus palabras. El poder de esos recuerdos le dio el valor de enfrentar a Tremayne de la misma manera que enfrentaría a cualquier hombre en un puesto de poder: con respeto y deferencia en vez de miedo. Después de todo, no fue su orden la que había enviado un escuadra completa de bombarderos TIE imperiales al mundo nublado e indefenso de Qlothos.

Su subordinado, el ambicioso teniente superior, había captado algunas señales raras del planeta cercano. Era una frecuencia que casi igualaba un juego de claves de transmisión anterior que había sido interceptado de un agente de la Alianza. Sospechando la existencia de una guarnición rebelde escondida, el teniente superior envió los bombarderos TIE para destruirla.

Todo esto había ocurrido mientras el capitán yacía dormido en su cama. Sólo fue despertado por el teniente después de que los hechos fueron recogidos y las bajas calculadas. Había solo lesiones mínimas que informar, ningún daño a las naves o equipos. Pero casi sesenta civiles, la mayoría de ellos ciudadanos imperiales prominentes, habían muerto; entre ellos un ingeniero de alto rango de Astillero de Motores de Kuat, su esposa, y dos hijos, quienes estaban de vacaciones en la capital.

Evidentemente, el manto nublado de la atmósfera que cubría el planeta causó estragos entre los faros de identificación incorporados en los misiles de impacto. Uno se desvió y demolió una sección aislada de la comunidad residencial, que estaba ubicada a solo un kilómetro del supuesto recinto rebelde. Horas después de que las víctimas mortales fueran contadas, la citación de Lord Tremayne había llegado directamente. Y sin la aprensión adicional de su asistente militar para compartir su tormento interior, el capitán se reunió con el Alto Inquisidor a solas.

Pero ahora, lamentaba esa decisión. El contacto más breve con otro ser humano, sin importar lo escueto que fuera, podría haber aliviado su ansiedad y darle algo en qué pensar además de esta reunión inminente.

El industrioso oficial superior de comunicaciones habría sido una elección excelente. Un hombre de familia y padre, era un incesante hablador, razón por la cual el capitán lo había descartado como asistente militar. Un jefe leal y competente, el oficial de comunicaciones siempre tenía tiempo para dedicar al amor de su esposa, a casi trescientos años luz de distancia, y al hijo recién nacido a quien nunca había visto, excepto a través de holos e infrecuentes transmisiones cara a cara.

El balance parecía afianzar al oficial hablador en una manera que el capitán había llegado a admirar y finalmente a resentir. Pero después de hoy, todo eso cambiaría. Después de asegurar al Alto Inquisidor Tremayne que el ambicioso teniente superior sería castigado duramente, conducido ante un consejo de

guerra, condenado por homicidio, destrucción de propiedad imperial, y acoso de ciudadanos imperiales leales, el capitán ascendería al oficial de comunicaciones como su nuevo consejero y empezaría a compartir esta vida esotérica.

La puerta de la cámara de Tremayne se abrió repentinamente. El capitán giró secamente en su tacón y saludó cuando el Jedi entró en la habitación.

—Alto Inquisidor Tremayne, tengo un informe completo sobre el error de teniente superior Leeds... —su voz se detuvo ante el lacerante dolor que asaltó su garganta.

Mientras el agarre invisible se intensificaba, el capitán cayó sobre sus rodillas. Hizo una mueca de dolor cuando los huesos pequeños en la base de su cráneo se agrietaron perceptiblemente bajo la presión. Incapaz de respirar, se encontró tendido en la luz fría e intensa del piso de la sala de espera. Cerró sus ojos en un esfuerzo por calmarse.

Su mente empezó a vacilar por la falta de oxígeno, y recordó el ejercicio de stress en la Academia donde sus colegas y él fueron sujetos a una prueba de pánico en un cuarto lleno de emanaciones nocivas. Medio cegado y casi inconsciente, fue el último en salir; el único con el valor, o el orgullo estúpido, como muchos lo llamaron, para quedarse más tiempo que ningún otro. Pero en esta nueva prueba, había consecuencias fatales. Aquí el capitán era completamente consciente de lo que estaba pasándole. No habría ninguna emanación nociva que embotara sus sentidos y suavizara el golpe. Podría sentir cada sensación con vívido detalle, desde el beso frío de la placa de cubierta contra sus palmas a la tela áspera de su uniforme donde raspaba sus codos y rodillas.

Incapaz de levantar su cabeza y suplicar a Tremayne una segunda oportunidad, el joven capitán solo pudo mirar fijamente el ondeante dobladillo negro del manto del Jedi. Mientras su conciencia se desvanecía, se imaginó siendo atraído dentro de la tela negra y en un mundo alternativo tan oscuro y sin estrellas como la nebulosa de Nharqis'I que rodeaba su nave.

*Qué final tan apropiado para mi vida*, pensó con entumecido placer. El primer hueso pequeño se rompió bajo la presión y sintió que su cuerpo se relajaba.

Nacido en un linaje y clase prominentes, Jovan Vharing asistió a la Academia Naval imperial, una decisión tomada más por los dictados de su tradicional familia que por decisión propia. Pero no había lamentado ese curso, y ahondó en lo mejor de sí mismo para impresionar por igual a consejeros y oficiales superiores. Por sus concentrados esfuerzos en detalle y exactitud, se graduó en el dos por ciento superior de su clase, un logro distintivo. Recién comisionado como teniente, pasó a un puesto prestigioso como oficial superior de rastreo a bordo de un Destructor Imperial clase victoria.

Su ambición y ojo para la acción competente y redituable le ganaron una reputación temprana, cuando aun era un oficial recién graduado sirviendo en el desolado Borde Exterior, en el área del espacio comúnmente conocida como la frontera salvaje. Y si bien no era una asignación prometedora para un oficial de su calibre, sería un cargo efímero con muchos logros notables que le valdrían la mirada favorable del capitán Nolaan. Habiendo servido también en el Borde Exterior como oficial subalterno, Nolaan le tomó una simpatía inmediata a Vharing. Para fastidio de varios de sus oficiales subalternos, Nolaan pidió

algunos favores y arregló la transferencia de Vharing al puente del *Interrogador*, donde no hizo ningún intento de ocultar su parcialidad.

En un año, Vharing había alcanzado las elevadas expectativas puestas en él por su consejero desafortunado. Después de la ejecución prematura de Nolaan, Vharing se convirtió en uno de los hombres más jóvenes en alcanzar el rango de capitán. Como tal, sería uno de los oficiales más jóvenes que alguna vez recibieran el mando de un Destructor Estelar II imperial. Y con eso, heredó la carga de las demandas exigentes de Tremayne y el resentimiento de cada oficial imperial en el puente.

La muerte era un manto oscuro cubriendo la capitanía del *Interrogador*. El ascenso se daba por sucesión; el tipo de sucesión que uno ve en una tambaleante casa de cartas de sabacc. El ascenso para capitán de Vharing era sólo un truco complicado por sus colegas ejecutivos para mantenerse bien fuera de la sombra omnisciente de Lord Tremayne. Vharing, como su predecesor, serviría como amortiguador. Cuando surgiera el próximo error, cuando apareciera la próxima incorrección, sería su nombre el pronunciado por Tremayne y su cuello el aplastado por la ira del Alto Inquisidor.

Así, como con todas cosas, Vharing se sumergió de lleno, mentalmente y físicamente, en la búsqueda interminable de la perfección. Su clasificación de eficiencia era la más alta en la flota y sus hombres los más constantes y leales. En una cena formal para el personal ejecutivo del *Interrogador*, Vharing fue forzado a desviar las preguntas curiosas de sus compañeros oficiales, que por los pasados seis meses habían observado boquiabiertos de envidia su habilidad de motivar a hombres y respaldar a personal, incluso bajo las circunstancias más extremas. Cuando le preguntaron cual era su logro más grande, Vharing respondió:

—Servir bajo el Alto Inquisidor Tremayne.

Un momento de silencio siguió al comentario; la atmósfera jovial usurpada por un humor más oscuro y temible. Mirándose fijamente y luego a Vharing por turno, los oficiales imperiales reunidos se quedaron mudos y cedieron la voz a sus miembros más francos.

—¿Usted está loco, Vharing? —susurró el general Parnet. El oficial miró por encima de su hombro, disgustado, como si esperara que el Alto Inquisidor Tremayne estuviera cerca en las sombras, escuchando.

—Oh, vamos, caballeros —los regañó Vharing, levantando su copa en un brindis—. El hombre no es tan terrible; opresivo, demandante, implacable. No es diferente de nuestros consejeros de prácticas en la academia o algunos de los oficiales superiores bajo los que servimos antes de nuestros grandes nombramientos a comisiones ejecutivas.

—Ahí está su error, Vharing —dijo Parnet sin inflexión. Su cara cruel y apuesta era tan inexpresiva como las sombras que bordeaban las esquinas de la habitación—. El fracaso en la academia era la expulsión. El fracaso en cumplimiento del deber significa a menudo la reasignación a alguna tarea vergonzosa, la degradación, quizás una corte marcial en los peores casos. Aquí... —bajó su copa para declinar francamente el brindis por Tremayne— ...aquí la pena para el fracaso es la muerte. Y esa mi amigo, es la caída más larga que cualquier hombre puede sufrir, a solas o con sus amigos.

Parnet hizo una pausa y echó un vistazo alrededor de la mesa a cada uno de sus colegas por turno, esperando el consenso del grupo.

—Bien dicho —coincidió el teniente Uland. Tragó el contenido entero y puso la copa a un lado mientras la primer oleada de calidez lo inundaba, previniendo el escalofrío intoxicante causado por el nombre de Tremayne.

Vharing recibió la declaración de Parnet con una delgada sonrisa, maravillándose de la negra burla del miedo detrás de los ojos insulsos del general.

—Entonces por la muerte, caballeros —levantó su copa—, la caída más larga.

Cuando el rostro de Vharing encontró el abrazo frío del piso de cubierta, era como un hombre muerto. Oleadas ardientes de agonizante sensación atravesaban su cráneo destruido, y él despertó de ese estado desesperado vivo, según indicaba cada señal del dolor que se extendía por sus sentidos agudizados.

Con el deleite maravillado de un niño, experimentó las agonías agudas de estar vivo: los dolores constantes y la rigidez de sus articulaciones, el pellizco enroscado de su uniforme, irritando incómodamente su piel. Uno de sus alfileres de insignia se había roto en la caída y estaba perforando el músculo de su pecho. Los hombres muertos no sangran, pensó para sí, sintiendo el tibio adhesivo de su sangre contra la tela de su uniforme.

Había un sordo rugido en sus oídos cuando sus facultades físicas regresaron. Una puñalada momentánea del dolor reveló que había una costilla desprendida, posiblemente dos, sufrida en la caída al piso de la sala de espera. Su índice derecho no se movía, y cualquier intento de forzarlo causaba una ola secundaria de angustia sensorial. Y había más. Algo estaba terriblemente mal: no podía respirar.

Desesperado, Vharing registró la habitación, sus ojos letárgicos enfocándose lentamente en su entorno. La demora en su visión devolvió ideas terroríficas a su cerebro perplejo, haciendo que los escasos objetos en la área inmediata parecieran gigantescos en comparación a su cuerpo débil y destruido. Este efecto atroz redobló su terror, prolongando la agonía de su asfixia.

*¡Por qué no lo termina!* Vharing exigió en su mente, incapaz de hablar. Su garganta estaba ardiendo. El regusto salado de la sangre le causaba repulsión y náuseas, agravando su desesperada condición.

Entonces su voluntad de sobrevivir conquistó la legión de sensaciones embotadas que entumecían su cerebro y Vharing abrió su boca. El frío gélido de la sala de espera cortó su lengua cuando tomó su primer boqueada de aire. La experiencia fue una agonía intolerable; el helado escozor pasó rápidamente a través de su boca y luego sus fosas nasales.

Vharing tosió, respirando con dificultad cuando sus pulmones empezaron a funcionar.

—¿Vivo? —dijo, sobresaltado por el gruñido áspero de su voz. ¿Tremayne lo había dado por muerto? Imposible.

Levantándose lentamente del piso, Vharing tragó con deliberada precaución. Cerró sus ojos, al borde del desmayo, cuando la agonía en la parte posterior de su cuello se intensificó. Indudablemente la ira de Tremayne había causado algún daño, pero nada que los droides cirujanos en la enfermería del *Interrogador* no pudieran comprender. Abriendo los dedos de sus manos y moviendo los dedos del pie dentro del cuero endurecido de sus botas, Vharing sonrió abiertamente y giró hacia la puerta.

Pausando momentáneamente, miró fijamente su reflexión en el vidrio de observación, y notó el filo hilo de sangre que corría por la esquina de su boca y de su fosa nasal. Sacando rápidamente el pañuelo de su bolsillo, humedeció la esquina y dio toquecitos a la herida. La lesión en su barbilla se hincharía por la mañana, pero no estaba preocupado. Llevaría el moretón como un marca de distinción entre sus colegas.

Atravesando apresuradamente la puerta del mamparo, Vharing caminó en el corredor y cayó repentinamente contra la pared. La cuadrículas de iluminación superiores lo estaban cegando. Protegiendo sus ojos con sus manos, el joven capitán derramó lágrimas dolorosas y se abrió paso rápidamente a través del amplio pasaje. Su corazón estaba golpeando desesperadamente al compás de la marcha patriótica que todavía permanecían en su memoria.

Todo estaba intensamente claro. El detalle de las placas de cubierta, una mosaico ordenado de azulejos a lo largo del piso de corredor. Aunque indiscernible a la mente preocupada, podía ver las diferencias en tono y textura. Los paneles de iluminación que lo molestaban sobre su cabeza estaban espaciados exactamente a un metro y medio, dos metros en las esquinas donde los corredores se cruzaban, y tres metros donde el pasaje llevaba al enorme laberinto de los cuarteles de los oficiales. Un olor químico esterilizante se elevaba en el aire, irritando sus ventanas nasales por primera vez cuando sus sentido agudizados le permitieron experimentar, con plenitud, el mundo que lo rodeaba.

¡Sí, todo estaba exquisitamente claro para él, incluyendo sus planes para el teniente Leeds! Llamaría una escolta completa de stormtroopers para acompañarlo al puente. Luego se dirigiría directamente al centro de mando y arrestaría al ambicioso teniente delante de todos. Y a costa de algunos favores, supervisaría los procedimientos de corte marcial él mismo. El almirante Hennat, como buen amigo suyo, presidiría gustosamente todo el asunto, asegurando una sentencia de flagrante negligencia contra el teniente. Leeds se convertiría en el chivo expiatorio, enterrado en una lista de los cargos que iría de homicidio a traición, mientras que el propio registro de Vharing quedaría perfectamente limpio y claro.

Después de asegurar las esposas en las muñecas de Leeds él mismo, el capitán joven convocaría a su oficial de comunicaciones, Teniente Waleran al frente. Con gran ceremonia, como correspondía a un ascenso de campo en combate, ascendería al joven oficial industrial al rango de teniente superior en frente de la tripulación de puente completa. Y como Nolaan había hecho por él, Vharing tomaría a Waleran bajo su protección, asegurándole un lugar en el personal ejecutivo como su asistente militar personal.

Al final del corredor, el turboascensor estaba situado entre un túnel de mantenimiento auxiliar y una pequeña habitación de almacenamiento. Cerrando sus ojos, Vharing frotó su cuello, apenas capaz de tolerar el horrible dolor, que parecía intensificarse cuando se acercó al turboascensor. Sus manos acariciaron suavemente la zona bajo su garganta y sintió la hinchazón desfigurada de su laringe y las glándulas hinchadas a los lados de su cuello.

*Nada de lo que los droides médicos no puede encargarse*, se dijo. Su lengua estaba también hinchada, casi bloqueando la ruta aérea a sus pulmones. Vharing hizo una pausa, apoyándose contra un cofre de equipo pesado. Aflojando el cuello de su uniforme, tragó una bocanada fresca de aire, esperando que el aire frío pudiera aliviar un poco de su malestar.

Asombrado al ver que aun no había alcanzado el turboascensor, el capitán luchó contra un ataque de pánico. Su corazón se aceleró cuando abrió sus ojos. Para cada paso que había dado, parecía como si la entrada de elevador se hubiera movido tres pasos más allá de él. Vharing cerró sus ojos otra vez, restregándolos, mientras el frío entumecedor de la sala de espera de Tremayne prevalecía sobre sus sentidos.

—Delirio —susurró, forzando la tensión y la preocupación a abandonarlo.

Cuando Vharing abrió sus ojos otra vez, estaba parado en el puente del *Interrogador*. ¡Qué visión tan pasmosa era, un tributo para la perfección y la dedicación de los técnicos imperiales que lo crearon! El teniente Leeds no estaba ningún lugar sobre el puente de vuelo. Vharing sonrió con satisfacción vanidosa, recordándose a sí mismo visitar al oficial destituido, aunque más no fuera para ofrecer algunas elecciones respecto a su próxima carrera, como capataz en uno de la minas de especia del Emperador.

Vharing casi ríe en voz alta ante la idea. Rozando pensativamente su mano sobre sus labios, tomó una respiración honda y unió sus manos a sus espaldas. Se tambaleó rítmicamente de un lado a otro sobre sus tacones, consciente del hábito pero demasiado interesado en el éxtasis de estar vivo como para preocuparse.

Enfrente de él, el teniente Waleran estaba hablando con el equipo de navegación. Un juego de nuevas insignias adornaba su pecho uniformado, arrojando un brillo firme y orgulloso sobre el gris dramático de su cargo formal de mando. Complació a Vharing ver al teniente superior recién ascendido tan completamente comprometido en su trabajo y disfrutándolo. Parecía bien a gusto sobre el puente y por la atmósfera, la tripulación también estaba a gusto con él.

Por delante de ellos, la nebulosa se estaba rompiendo en secciones fragmentadas de estrellas discernibles y planetas distantes. La tripulación de puente se estaba preparando para dejar este sector, preparándose para el salto al hiperespacio. ¿Cuándo había sido dada la orden? Sacudiéndose esa incertidumbre, Vharing enderezó sus anchos hombros. Quería posar para la tripulación mostrando su confianza completa en el nuevo oficial de puente. En su ausencia, Waleran debía haber recibido las órdenes y estaba preparado para ejecutarlas.

Vharing levantó su barbilla con una dosis del orgullo. La acción causó que una punzada atroz del dolor lo atravesara. Hubo una literal explosión de información sensorial en la base de su cráneo cuando su cerebro vibró en agonía. Apretando sus dientes contra la angustia, el capitán forzó su cuerpo a adoptar una pose rígida. En cuanto diera la orden para el salto al hiperespacio, cedería oficialmente el puente a Waleran y se retiraría inmediatamente a la sección médica para un examen físico completo.

Cuando los pilotos dieron la señal de que todo estaba en orden para el salto al hiperespacio, Vharing abrió su boca para dar la orden... cuando un jadeo torturado escapó de su garganta. Trató de tragar pero la estrechez en su garganta no cedía. El teniente Waleran se volvió hacia él, como si mirara a través de él, y luego regresó a la estación de los pilotos. Enderezando sus hombros en una imitación arrogante de su oficial al mando, Waleran inclinó la cabeza hacia su subordinado y dio la orden para el salto a hiperespacio.

Vharing hizo una mueca de dolor bajo el ataque violento de los motores hiperespaciales cuando el chirrido de los motivadores sacudió sus huesos,



hasta sus dientes. Hubo una explosión secundaria de luz y color cuando los puntos delatores de las estrellas se alargaron y estiraron al otro lado de la pantalla, transformándose en la tela sin costura del hiperespacio. Cuando el brillo radiante se intensificó, Vharing entrecerró los ojos, desesperadamente asustado de cerrarlos. Porque cerrarlos podría significar ya nunca volver a abrirlos, nunca ver este mundo, o existir dentro de él otra vez. Pero la luz era demasiado intensa, la presión en la base de su cráneo demasiado fuerte. Fue forzado a escapar a un mundo donde no había ninguna luz, ningún sonido, solo negrura.

Con el cuello roto, su médula espinal pulverizada en la base del cráneo, el capitán Jovan Vharing estaba muerto. Su cabeza se meneó lánguidamente de un lado a otro en sus hombros cuando dos stormtroopers sacaron a rastras su cadáver de la sala de espera del Alto Inquisidor Tremayne.